

CORRESPONSAL EN LA BATALLA DEL EBRO

Arturo Pérez-Reverte se adentra en la Guerra Civil española. «Línea de fuego» es una novela coral donde no hay buenos ni malos porque todos fueron víctimas. Un gran friso humano



Línea de fuego
Arturo Pérez-Reverte
Alfaguara, 2020.
682 págs.
22,90 euros
★★★★

dedicada a la Guerra de la Independencia, sino a la lucha contra los franceses que durante dieciocho horas del día 2 de Mayo de 1808 libraron gentes no conocidas (reales) del pueblo madrileño en muy pocas de sus calles.

Si me refiero a *Un día de cólera*, que considero obra maestra anterior de Pérez-Reverte, es porque ilumina mucho *Línea de fuego*. En primer lugar, por el foco reducido: no es la Guerra Civil, sino los soldados que en ella batallaron, es decir una novela sobre trincheras y calles concretas, de vida y destino concretos. El tema son las refriegas en un lugar reducido entre Mequinenza y Fayón, en un imaginario pueblito denominado Castellots del Segre. A esa unidad de lugar se corresponde una igualmente reducida unidad de tiempo, apenas diez días desde el comienzo de los tiros hasta la derrota de los dos escuadrones republicanos, tanto el regular como el de los brigadistas internacionales que acudieron en su ayuda.

Páginas magistrales

De manera que hay una poética de abandono de los grandes frisos guerreros a lo *Guerra y paz*, y se adopta más bien el modo ensayado por las magistrales páginas iniciales de *La Cartuja de Parma*. Waterloo es eso, un Fabrizio del Dongo que no sabe por dónde puede venir el disparo que quizá lo mate. Ha querido el azar que coincida *Línea de fuego* con la publicación de la versión no censurada de *Stalingrado*, libro en el que Vasili Grossman adopta esa mirada a ras de trincheras de la gran batalla que definió el destino de Europa.

Porque además de novelistas fueron periodistas. Es importante saber que Pérez-Reverte ha cubierto guerras civi-



Arriba, tropas nacionales, reunidas en el margen del Ebro, vigilan al bando republicano en la otra orilla del río (agosto de 1938). A la izquierda, Arturo Pérez-Reverte. Abajo, la 46 división republicana en la ofensiva del Ebro



EL HORROR Y LA PIEDAD, LA SINRAZÓN Y EL HEROÍSMO, NECESITABAN DE UN GRAN NOVELISTA

les en África, Centroamérica y la última, la de Bosnia. Y esa mirada de registro puntual del reportero tiñe esta novela de razón estilística diferenciada respecto a otras de creadores que escribieron sin conocer lo que es un frente de batalla, sin haber visto cuerpos desangrándose o bien sin haber asistido al mismo tiempo a lo más gran-

dioso de la condición humana (generosidad, entrega, sacrificio) y a lo más ruin (asesinatos por la espalda o crueldades). Hay una memorable escena que define la grandeza del corazón, que es la del parto sobrevenido a una lugareña, en plena lucha al otro lado de la calle; piden auxilio los fascistas, permiten los rojos que pasen para ser auxiliada porque hay un enfermero en sus filas, y todos asisten conmovidos y gritan al unísono de júbilo cuando suena el llanto del bebé. Todos han pensado en su propia madre, en ellos mismos al nacer, y lo han pensa-

do igual los jóvenes de los dos bandos.

Cuando me he referido a las unidades literarias de lugar y de tiempo déjese fuera un elemento narrativo que considero crucial en la fortuna de la novela. Es un elemento definitorio que cualquier artista narrativo debe elegir el primero, se trata de la voz y la temporalidad. Al haber elegido el registro en presente de una voz innominada, es decir como si fuese testigo o cámara, permite que el lector vea sucederse las cosas como si estuvieran ocurriendo en ese momento y lugar. Eso implica también otro acierto literario: los

JOSÉ MARÍA POZUELO YVANCOS

La maestría literaria, y responsabilidad para con su obra, de Arturo Pérez-Reverte no sólo no decae sino que va creciendo conforme pasan los años. También va en aumento el sentido humano de su mirada hacia la Historia de España. Desmontó en su novela anterior, *Sidi*, el gran mito originario de una épica ideológica, para sustituirlo por la historia posible de un capitán de soldados preocupado por la paga de su tropa. Ahora, camina en la misma dirección, pero afrontando el que quizá sea el gran tema de nuestro tiempo (no solo literario): la guerra que enfrentó en 1936-1939 a unos españoles contra otros, cuyas cenizas todavía brasean la vida española.

Ha sido empeño de centenares de novelistas, casi un millar de títulos en treinta años, según los catálogos de la hispanista canadiense Maryse Bertrand, pero muy pocos serán recordados dentro de unos años. Esta novela, lo adelanto, será recordada, como lo son las grandes dedicadas al tema muy distintas entre sí: tengo presentes los nombres de Arturo Barea, de Max Aub, y de Chaves Nogales. La de Pérez-Reverte está a la altura de ellas, y además es distinta (aunque quizá la más próxima a la suya sea la mirada de Chaves Nogales en el frente de la Ciudad Universitaria). La gran diferencia entre *Línea de fuego* y estas otras excelentes narraciones quizá se geste en esa gran joya titulada *Un día de cólera* que no estuvo



El Ebro: la tumba acuática de la República

La batalla, destinada a aliviar la presión sobre Valencia, se convirtió en la última gran ofensiva del Ejército Popular

MANUEL P. VILLATORO

La tarde del 24 de julio de 1938 se esfumó, tan calmada como de costumbre, para el general Juan Yagüe. En su cuartel general de Caspe, antes de acostarse, el militar franquista se despidió con el que ya se había convertido en su latiguillo particular: «Bueno, vamos a dormir, señores, que esta noche los rojillos no parece que traten de pasar el Ebro». Pero aquella no era otra aburrida jornada de guardia a orillas del río más caudaloso de España. Dos horas después, a eso de las dos de la madrugada, su asistente le levantó de la cama entre gritos para informarle de que el ejército republicano había iniciado una ofensiva tras atravesar las aguas con barcas.

Así arrancó la última gran acometida de la Segunda República en la Guerra Civil: la batalla del Ebro. Un golpe de mano que buscaba aliviar la presión que ejercía el ejército Nacional sobre Valencia (lo que en terminología militar se denomina un «ataque de diversión») y ganar tiempo hasta que la comunidad internacional se decidiera a intervenir en la Península a favor de las tropas gubernamentales. Pero, tras cuatro meses de combates los réditos fueron nulos para su arquitecto, el general Vicente Rojo. Lo único que obtuvo el entonces jefe del Estado Mayor Central fueron unas 75.000 bajas entre muertos y heridos. Y lo mismo le sucedió a Francisco Franco, cuyo empecinamiento en hacer retroceder al Ejército Popular le granjeó 65.000.

Si para el bando Nacional la batalla comenzó con el mal despertar de Yagüe, para los republicanos lo hizo con la voz ronca del comandante Alonso, el primer oficial en cruzar el río por la comarca del Bajo Ebro a las 00:15. Él fue uno de los miles de soldados que tenían como objetivos principales crear una cabeza de puente y defender a los pontoneros, encargados de tender pasarelas. La rapidez era vital. En primer lugar, para que los tres cuerpos de ejército dirigidos por Modesto (unos 100.000 hombres acompañados por ca-

rrros de combate y artillería) pudiesen pasar a la orilla occidental. Pero también para que, una vez terminada esta fase inicial, el Ejército Popular avanzara a toda prisa hasta la localidad tarraconense de Gandesa, un nudo de carreteras clave.

El cruce del río, la operación militar más compleja después de un desembarco, salió a la perfección. Y otro tanto pasó con el avance. En pocas horas fueron tomadas la sierra de Pàndols y la de Cavallas, determinantes ya que, gracias a ellas, se dominaba la región. La sorpresa fue tal que Franco detuvo su ataque sobre Valencia. Sin embargo, al Ejército Popular le resultó imposible conquistar su objetivo. «Gandesa no pudo ser tomada a pesar de que las vanguardias llegaron a sus inmediaciones [...] debido a la mala organización y a la carencia de mandos competentes», explicó el general republicano Jesús Pérez Salas en sus memorias.

La más fea y áspera

Franco, en lugar de ceder el terreno perdido (de escasa importancia), se personó en el Ebro con cinco divisiones y una gran fuerza artillera para obligar a retroceder al contrario. En ese momento empezó un calvario para los republicanos que duró meses. Con el apoyo de la Legión Cóndor, encargada de destruir los puentes por los que pasaba material, golpeó el corazón de un contingente que no estaba preparado para una batalla de larga duración. Varios contraataques después, el 30 de octubre ordenó avanzar contra las posiciones defendidas por las versadas tropas de Lister. A pesar de que era un movimiento arriesgado, pues contaban con la ventaja de la altura, rompió el cerco. En la quincena posterior, los republicanos no tuvieron más remedio que retirarse. El 16 todo estaba perdido y los asaltantes volvían a cruzar el río. El resultado lo definió así Franco: «La batalla del Ebro es, de todas las que he librado, la más áspera y, por decirlo así, la más fea». ■

LA MIRADA DE UN PÉREZ-REVERTE REPORTERO TIENE LA RAZÓN ESTILÍSTICA DE ESTA NOVELA

juicios son de los personajes, es decir se deja que sean el centener de personajes los que vayan diciendo desengaños, ilusiones, fatigas y miedos.

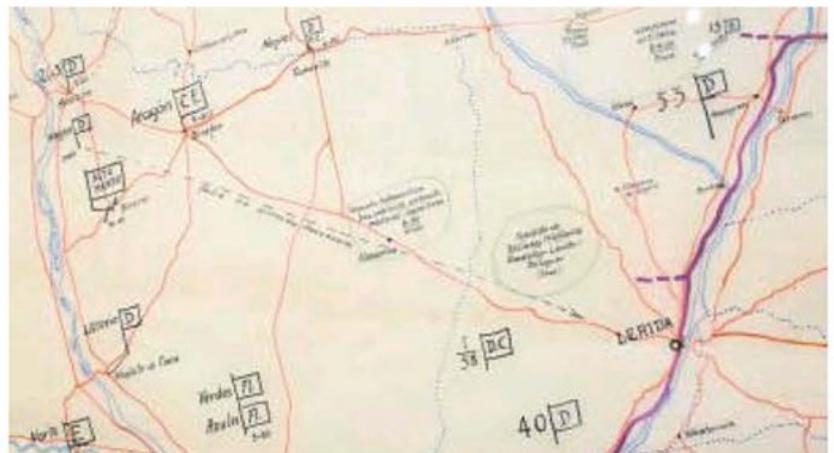
No le pertenecen al narrador, les pertenecen a ellos. Y esa poética de la vivencia es fundamental para que el lector sienta cada destino como verdadero. Algunos hay históricos (como los corresponsales de guerra internacionales a los que homenajea) y otros inventados, pero todos responden al mismo patrón de figuras que viven y mueren, piensan y sufren igual, en ambos bandos. Esa mirada que se mete lo mismo en el Tercio de la Legión, o en la Brigada republicana, que sufre la crueldad de Ricardo el Ruso en un bando y del teniente Zarrallón en el otro, que tiene generosidades como la entrañable del moro Suleimán para con el excelente sanchopancesco Ginés Gorguel, quien intenta una y otra vez en pasar al otro bando porque es de Albacete y la mili en Sevilla le pilló con los nacionales cuando su familia vive en zona roja. Hechos fortuitos. Esta la eficacia de haber puesto a una columna de requetés catalanes que luchan con Franco, pero no por Franco, sino por la Virgen de Monserrat y el orden católico catalán.

Me parece un acierto de gran rendimiento novelístico haber creado el grupo de mujeres que asisten las líneas telefónicas. Permite diálogos hombre-mujer hondos como en otras novelas revertianas; el capitán Bascaña y Pato Monzón se aproximan en interés y seducción, que no se lleva a más, pero que permite que aflore la lucidez del capitán, desengañado ya del inicial idealismo que todavía alienta la joven de veintitrés años, quien, sin embargo, va poco a poco viendo quebrarse su fe, como la del brigadier Gambo, como la de tantos en un último tercio de la novela que es espejo de la derrota, y honda reflexión sobre la idea de carne de cañón para esas tropas; lo fueron realmente, no es una metonimia.

Truncado

La mirada de Pérez-Reverte la adivina el lector tras Bascaña, pero es menos importante lo que piense él, que traducir como ha hecho la diferencia existente entre el discurso oficial de una Guerra, y la vivencia particular de sus muertes y esperanzas truncadas. Como ocurrió con la del Somme en la Gran Guerra la batalla del Ebro, fue emblemática de la nuestra. Allí ha recalado Pérez-Reverte con la cámara de sus ojos y calidad de su escritura para decirnos que el horror y la piedad, la sinrazón y el heroísmo no son ideas, son vida y cuerpos, que necesitan de un gran novelista que supiera contarlos. ■

CAMPUSA (ARCHIVO ABC)



Cartografía del ejército popular sobre la Batalla del Ebro